

BREVES
VIDA CRISTIANA



Los demás son nuestros

La corrección fraterna



Diego Zalbidea y Andrés Cárdenas M.

LOS DEMÁS SON NUESTROS

LA CORRECCIÓN FRATERNA

www.opusdei.org

Contenidos

- Capítulo I
- Capítulo II

Capítulo I

Jesús vuelve a Cafarnaún y, nada más entrar en la ciudad, se le acerca un centurión. La escena sorprende a los presentes porque no era habitual que un miembro del ejército romano se dirigiera con tanto respeto y consideración a un judío: «Señor, mi criado yace paralítico en casa con dolores muy fuertes» (Mt 8,6). El soldado, aunque es un hombre acostumbrado a controlar su entorno, sabe que hay tantos ámbitos de la vida en los que no puede ejercer su dominio. Aunque su trabajo es establecer cierto orden, sabe que hay tantas cosas importantes que se le escapan. Por eso, no duda en pedir ayuda. Jesús, que conoce sus disposiciones interiores, no espera siquiera a que salga la petición de su boca: «Yo iré y le curaré» (Mt 8,7). San Agustín, al comentar este pasaje, decía que «la humildad del centurión fue la puerta por donde el Señor entró a posesionarse plenamente del que ya poseía»^[1].

Una familia implicada en la lucha

Al Señor le conmueve que el jefe romano, a pesar de su poder y de sus insignias, reconozca que no está al alcance de sus fuerzas ayudar al criado a quien tanto quiere. El centurión manifiesta públicamente que no es capaz de conseguirlo todo. Y esta actitud de considerarse necesitado es, de alguna manera, parte de todo camino de santidad: nos reconocemos débiles, sabemos que Dios es el protagonista principal, y que para llevar a cabo su obra cuenta con la colaboración de quienes ha puesto en nuestro camino. Como aquel criado, también nuestras heridas esperan ser curadas y nuestros dolores esperan los cuidados de otro. «Esta solidaridad fraterna no es una figura retórica, un modo de decir, sino que es parte integrante de la comunión entre los cristianos. Si la vivimos, somos en el mundo signo, “sacramento” del amor de Dios (...). Es una comunión que nos hace capaces de entrar en la alegría y en el dolor de los demás para hacerlos sinceramente nuestros»^[2].

En la santa Misa, por ejemplo, reconocemos esta realidad y pedimos a toda la Iglesia que rece por nosotros: «Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros hermanos que he pecado (...). Por eso ruego (...) a vosotros hermanos que intercedáis por mí ante Dios nuestro Señor»^[3]. En realidad, no se trata de algo extraordinario porque todos nacemos dependientes de los demás. No hemos venido al mundo por decisión propia, no podemos subsistir solos, ni siquiera podríamos hablar sin una comunidad que nos acoja. La necesidad de los demás es parte de nuestra naturaleza. Por eso dice san Juan de la Cruz que quien se aísla «es como el carbón encendido que está solo: antes se irá enfriando que encendiendo... Y el que cae ciego, solo no se levantará; y si se levantara, encaminará por donde no conviene»^[4].

Cuando recibimos la colaboración del prójimo nos ponemos en una situación parecida a la del centurión que pide ayuda o a la del criado cuyo mal es sanado. Esto sucede, por ejemplo, con la corrección fraterna. Esta costumbre evangélica

consiste en que otra persona, después de considerarlo en su oración junto a Dios, y también quizá después de pedir consejo a otro, nos ofrece una sugerencia para mejorar algún aspecto concreto de nuestra vida (cfr. Mt 18,16-17). Este auxilio nos da la seguridad de sabernos parte de toda una familia implicada en nuestra lucha. Por eso, la corrección fraterna es lo contrario a la crítica, la murmuración o la difamación. Mientras que en ellas hay juicio y condena, en la ayuda fraterna hay un abrazo que acoge al prójimo tal como es y lo impulsa hacia el futuro.

La mejor versión de cada uno

La conversión permanente que supone la vida cristiana no tiene como objetivo, en cierto sentido, transformarnos en personas distintas de las que somos, sino en llegar a ser, con la gracia de Dios, la mejor versión de nosotros mismos. Los santos no han sido llamados a despersonalizarse, sino a llenar sus propias características, personales y únicas, con el amor de Cristo. San Pablo, por ejemplo, después de convertirse, no fue llamado a disminuir su celo por lo divino, sino a encauzarlo hacia la verdadera plenitud. Cada uno de nosotros posee unas características particulares queridas por Dios, tiene un pasado, ha vivido en un tejido social concreto, es dueño de un modo de ser singular... Todo esto Dios no quiere destruirlo, sino divinizarlo, convertirlo en instrumento de su misión. Y una de las maneras más importantes que tiene para transformarlo poco a poco es a través de nuestras relaciones, mediante las personas que dejamos entrar en nuestra vida y que también han sido impulsadas por Dios a buscar esa mejor versión de cada uno.

Limitaríamos la acción y los planes de Dios pensando que podemos recibir su ayuda solamente a través de la lectura de su palabra o de los sacramentos. Sin duda, son dos ámbitos privilegiados en donde se nos transmite su gracia, pero Jesús es claro en la importancia que también tiene lo que el prójimo puede hacer por nosotros; mucho más: Cristo es el prójimo (cfr. Mt 25,40; Lc 10,16). La misma encarnación, que hizo que Jesús transformara la vida de sus más cercanos a través de la amistad, nos recuerda el valor salvífico de las relaciones personales, cuerpo a cuerpo, con los demás. «Dios muchas veces se sirve de una amistad auténtica para llevar a cabo su obra salvadora»^[5]. En la historia de la salvación vemos que Dios siempre actúa en un pueblo, en una comunidad, en una familia, en un grupo de amigos; pensar que la santidad prescinde de lo que los demás pueden hacer por nosotros puede ser un síntoma de aislamiento, que no llegará a ser fecundo. Por eso, es natural que, en un entorno de amistad, surja la corrección fraterna: allí todos están empeñados en sacar lo mejor de cada persona, sin tropezar en detalles con poca importancia, sino preocupándose por ese profundo anhelo de santidad que poco a poco redonda en distintas manifestaciones de la vida diaria.

El Papa nos recordaba que «la santificación es un camino comunitario, de dos en dos (...). Hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge. Vivir o trabajar con otros es sin duda un camino de desarrollo espiritual. San Juan de la Cruz decía a un discípulo: estás viviendo con otros “para que te labren y ejerciten” (...). La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre»^[6].

Cada ayuda es un regalo

El centurión del evangelio es consciente de que está pidiendo un favor a Jesús. Sabe que si el Señor decide entrar en casa de un pagano deberá purificarse después, así que no exige ni el traslado ni el milagro. Y es esta actitud la que consigue el prodigio de Jesús: el centurión se hace amable para Cristo. Decimos que una persona es *amable* precisamente cuando, aunque no reclama el cariño, aunque no es una obligación entrar en su casa, de igual manera queremos tener ese detalle con ella. Ser personas amables nos inserta en un entramado en el que unos colaboran con otros llenos de franqueza. «Ser amable no es un estilo que un cristiano puede elegir o rechazar (...). El amor amable genera vínculos, cultiva lazos, crea nuevas redes de integración, construye una trama social firme. Así se protege a sí mismo, ya que sin sentido de pertenencia no se puede sostener una entrega por los demás»^[7].

Algunas maneras de mejorar en esta actitud pueden ser: no tener reparos en pedir ayuda, estar disponibles para escuchar, dar a conocer nuestros gustos sin imponerlos, compartir nuestras preocupaciones e ilusiones... El «ambiente de amistad, que cada uno está llamado a llevar consigo, es fruto de la suma de muchos esfuerzos por hacer la vida agradable a los demás. Ganar en afabilidad, alegría, paciencia, optimismo, delicadeza, y en todas las virtudes que hacen amable la convivencia es importante para que las personas puedan sentirse acogidas y ser felices»^[8]. Todo esto genera un modo de ser en la persona que, aunque no sea fácil describir con palabras, sí es fácil detectarlo. Cuando alguien ha cultivado la amabilidad es fácil acercarse a ella, dialogar, tener detalles y también decirle con sinceridad lo que pensamos.

A aquel con quien se puede hablar abiertamente es más fácil quererlo, aunque puedan ser patentes sus debilidades o aunque haya pocas cosas en común. Todos tenemos experiencia de que hay personas a quienes nos cuesta menos sugerir algo. Siempre lo agradecen, su rostro refleja la paz con que lo reciben y tal vez notamos el impacto que nuestra pequeña aportación tiene en sus vidas. No se ponen a la defensiva ya que perciben que quien intenta ayudar no está *atacando*. No sienten que se cuestione su valor porque el lugar en el que nace la corrección fraterna es la comunidad cristiana, el hogar, la familia, y allí nos quieren por lo que somos, no por lo que hacemos bien o mal. La dificultad para dejarnos ayudar puede esconder, en cambio, una pretensión de que nos quieran como la persona que tal vez no somos. Por eso también es importante alimentar permanentemente el terreno en el que puede surgir esa ayuda: compartir el afán de santidad va de la mano con compartir muchas otras cosas: anhelos, preocupaciones y alegrías.

Quien cultiva esta disposición de ser amable, de facilitar la ayuda de los demás, también se asombra con más frecuencia ante su cariño y suele agradecer la obra de misericordia que es la ayuda o corrección fraterna. Los niños pequeños se asombran porque no dan por supuestos los gestos de amor. En una ocasión, san Josemaría confiaba a unos hijos suyos: «Últimamente yo le estoy pidiendo más que nunca al Señor –y se lo estoy pidiendo a la Virgen– ser pequeño, hacerme niño. En la vida exterior humana, fuertes y recios; pero en la vida espiritual, pequeños. Así no tendremos soberbia cuando nos hagan una corrección. Agradeceremos que nos ayuden a ser mejores. De otro modo nos molestaría»^[9]. Si nos vamos haciendo como niños, quitaremos las barreras que nos aíslan de los

demás; crearemos un entorno amable en el que es fácil percibir que una corrección es un regalo, una ayuda gratuita. Con la ayuda de Dios oiremos lo que Jesús dice al centurión y que realiza el milagro de la curación del criado: «Que se haga conforme has creído» (Mt 5,13).

Deseamos ayudar a mucha gente y eso solo lo lograremos si sabemos contar con el apoyo de los demás. Por eso decía san Josemaría que cada persona, «además de ser oveja (...), de algún modo es también Buen Pastor»^[10]. Para alcanzar la curación de su amigo, el centurión necesitó reconocer su necesidad; para ser buen pastor, tuvo que experimentar ser oveja. Entonces se hará realidad la Escritura cuando dice que «un hermano ayudado por su hermano es plaza fuerte y alta, fuerte como muralla real» (Prov 18,9). No podemos reducir la caridad a lo que nosotros hacemos por los demás ya que hay también mucho amor detrás de aceptar una mano amiga. Agradecer la realidad de vivir rodeados de personas que quieren que seamos la mejor versión de nosotros mismos nos abre a la conversión, que es fundamento de santidad. Decía santa Teresa de Jesús: «Es imposible, conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios».^[11] Y el favor de Dios nos llega también a través de las relaciones con quienes nos rodean.

[1] San Agustín, *Sermones*, 6,2.

[2] Francisco, Audiencia general, 6-XI-2013.

[3] Misal Romano, Acto penitencial.

[4] San Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias*, 7; 11.

[5] Mons. Fernando Ocáriz, Carta pastoral, 1-XI-2019, n. 5.

[6] Francisco, *Gaudete et exsultate*, nn. 141-144.

[7] Francisco, *Amoris Laetitia*, nn. 99-100.

[8] Mons. Fernando Ocáriz, Carta pastoral, 1-XI-2019, n. 9.

[9] San Josemaría, Apuntes de una reunión familiar, 2-X-1970.

[10] San Josemaría, *Cartas* 25, n. 30

[11] Santa Teresa de Jesús, *Vida*, 10, 3.

Capítulo II

«Llegó entonces a una ciudad de Samaría, llamada Sicar, junto al campo que le dio Jacob a su hijo José» (Jn 5,5). Ese viaje y ese momento concreto habían sido cuidadosamente planeados por Jesús; quería que en el pozo se pudieran encontrar su sed y la de la mujer samaritana. Se trata de un ambiente propicio para el don, todo allí rezuma sabor a ofrenda: la naturaleza, el pozo, el agua... Sin embargo, Jesús busca el don mayor: quiere la alegría y la paz de un alma elegida desde la eternidad, aunque durante el último tiempo tal vez algo escurridiza al corazón de Dios.

La cercanía es el estilo de Dios

San Josemaría decía que «más que en “dar”, la caridad está en “comprender”»^[1], en hacerse cargo de los problemas y dificultades de los demás. Cuando emprendemos esta iniciativa, las personas o sus dificultades no son algo ajeno, sino parte de nosotros mismos. Cristo no escatimó en cálculos de tiempo o de oportunidad para acudir al encuentro con la samaritana. Quien se hace cargo de la otra persona reconoce el don que es cada una, contempla la imagen de Dios que hay en ella, la infinitud de amor con que Jesús la ama. Cada uno es un don para quienes están cerca y descubrirlo es el primer paso para poder ayudarnos mutuamente. Jesús reconoce el don que es la vida de la samaritana y por eso le pide de beber. Tiene sed de su amor.

El Papa, en el hecho de que Jesús, años antes, haya querido ser bautizado como uno más a pesar de no necesitarlo, ve el origen de aquella actitud: Cristo va al encuentro del otro para comprenderlo, para acompañarlo, y no simplemente lo asiste desde afuera. «En el primer día de su ministerio, Jesús nos ofrece su *manifiesto programático*. Nos dice que él no nos salva desde lo alto, con una decisión soberana, un acto de fuerza o un decreto. No: él nos salva viniendo a nuestro encuentro y tomando consigo nuestros pecados. Así Dios vence el mal del mundo: bajando, haciéndose cargo. Es también la forma en la que nosotros podemos levantar a los otros: no juzgando, no insinuando qué hacer, sino haciéndonos cercanos, com-padeciendo, compartiendo el amor de Dios. La cercanía es el estilo de Dios con nosotros»^[2].

Decía el fundador del Opus Dei que «la corrección fraterna es parte de la mirada de Dios, de su Providencia amorosa»^[3]. Quien se hace cargo de su hermano no juzga a los demás: procura mirarlos como lo hace Dios y, por eso, todos le parecen un tesoro, trata de custodiarlos como algo precioso. «La corrección fraterna nace del cariño; manifiesta que queremos que los demás sean cada vez más felices»^[4]. Esa convicción de buscar su felicidad nos implica en su vida con el máximo respeto a su libertad, porque solo así el amor es verdadero. Ayudar en el camino de santidad de un hermano nuestro tiene más que ver con una paciente y cálida noche en vela, en la que se espera la acción de Dios, que con una fría supervisión. «Supervisar hace referencia más al cuidado de la doctrina y de las costumbres, en

cambio velar dice más a cuidar que haya sal y luz en los corazones. Vigilar habla de estar alerta al peligro inminente, velar, en cambio, habla de soportar, con paciencia, los procesos en los que el Señor va gestando la salvación de su pueblo»^[5].

Importa el corazón de las personas

«Vosotros, mientras hacéis una corrección fraterna, tenéis que amar los defectos de vuestros hermanos»^[6], decía también san Josemaría. Cuidar no es solo curar una pequeña herida, sino fijarse en la persona de manera integral, quererla en el tiempo, proyectada hasta el cielo. En ese sentido, en el corazón del hombre es donde se forjan las buenas o malas acciones en su conjunto (cfr. Mt 15,19): eso es lo que nos interesa de manera particular, más que detalles pequeños que muchas veces pueden ser parte de una manera de ser. Quien desea ayudar no se queda atrapado solo en lo externo, no valora aisladamente un aspecto, sino que mira los sucesos a la luz de ese afán de santidad del otro, quitándose las sandalias porque está en lo más profundo de su alma (cfr. Ex 3,5). Una corrección fraterna expresa, de algún modo, la actitud de quien quiere ayudar a descubrir los dones que Dios quiere regalarnos en las mil y una batallas diarias: «Si conocieras el don de Dios» (Jn 4,10). Toda ayuda debe presentarse así, como una lente para descubrir el regalo que se encierra en cada lucha. En la corrección fraterna debemos ser como quien vela tiernamente la santidad del otro, no como quien vigila el cumplimiento de «ciertos estándares que nos hayamos impuesto como tarea»^[7].

Jesús, por ejemplo, no se queda en las cuestiones periféricas de la vida de la samaritana. Va al núcleo del dolor de esa alma predilecta. A través de la conversación, Jesús la ha ido conduciendo hacia aquella verdad que ya no le avergüenza. Por eso vuelve al pueblo y cuenta a todo el mundo cómo se ha sentido liberada: «Me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será él el Cristo?» (Jn 4,29).

Jesús nos enseña que la mirada de Dios es integradora. Sabe ascender de lo aparentemente insignificante hasta lo espiritual, grande y relevante. Es paciente, ve todo como parte del conjunto de una vida entera. «En nuestro mundo impregnado de individualismo, es necesario que se redescubra la importancia de la corrección fraterna, para caminar juntos hacia la santidad (...). Es un gran servicio ayudar y dejarse ayudar a leer con verdad dentro de uno mismo, para mejorar nuestra vida y caminar cada vez más rectamente por los caminos del Señor. Siempre es necesaria una mirada que ame y corrija, que conozca y reconozca, que discierna y perdone (cf. Lc 22,61), como ha hecho y hace Dios con cada uno de nosotros»^[8]. Esa mirada no se queda solo en detalles de poca importancia, no los magnifica; más bien se llena de esperanza por horizontes grandes y, de ser el caso, así lo transmite. Sabe que cumple un deseo expreso de Jesús, así que trata de hacerlo como lo haría él: «Vete y corrígele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mt 18,15).

A través de la corrección fraterna apoyamos a un hermano en sus deseos de santidad concretos y diarios. No es una enmienda a la totalidad, pues Dios está obrando en cada persona, sino precisamente lo contrario: una confirmación de que la santidad es compatible con esa debilidad. Pueden ayudarnos estas palabras de san Juan Crisóstomo: «No dice el Señor: acusad, reñid, pedid venganza, sino corregid»^[9]. Transmitimos a los demás nuestro aprecio por su lucha, reconocemos

sus sentimientos, le sostenemos en esa batalla; con nuestra ayuda le recordamos que también contamos con la suya. En toda corrección fraterna hay una discreta admiración por el hermano y por la obra de la gracia en su alma.

Un fruto de la amistad

Para crear un contexto en el que un apoyo así sea posible, es necesaria la cercanía, el interés sincero, la preocupación real por la vida del otro. Quien hace favores de hermano y conoce a los demás con profundidad puede entablar una relación de mutua y verdadera amistad. La corrección fraterna es un fruto natural de este terreno cultivado con paciencia. Además, para poder entrar en el corazón de los demás es necesaria la empatía. No cabe cumplir ese servicio desde fuera, ni desde lejos. En nuestros días se llevan a cabo operaciones quirúrgicas de gran precisión con un instrumental que es capaz de actuar en el interior de los pacientes sin necesidad de practicar cirugías invasivas. Se podría decir que un hermano que se hace cargo, busca penetrar hasta el lugar sagrado que es el corazón, delicadamente, sin invadir esa intimidad.

También es indispensable conocer bien a quien se va a corregir. Hay disposiciones del temperamento que nos hacen muy diferentes unos de otros y que san Josemaría consideraba parte central de ese «numerador diversísimo»^[10] de personas en el Opus Dei y en la Iglesia. No es justo pensar que esa diversidad de reacciones solo tiene que ver con la humildad de quien recibe la corrección fraterna o con su susceptibilidad. Para unos, las palabras, hasta las más delicadas, fácilmente suenan a reproche; a ellos Jesús los pone delante de su verdad con elogios y suavidad. Lo hizo, por ejemplo, con aquella mujer que le ungió los pies en casa de Simón el fariseo (cfr. Lc 7,36-50). Otros, en cambio, si las palabras no son especialmente claras, sienten una falta de interés y cariño verdadero. Marta necesitó oír su nombre dos veces para descubrir que ella también podía elegir la mejor parte en su trabajo (cfr. Lc 10,38-42). Tomás precisó la cercanía física del Señor para volver a ser el apóstol fiel que daría la vida por su maestro (cfr. Jn 20,26-29). Al buen ladrón la corrección le llegó mediante un regalo inesperado: esa misma tarde estaría con Jesús en el paraíso (cfr. Lc 23,39-43). La propia samaritana necesitó tiempo, una conversación pausada y tranquila, en un lugar apartado: a solas con Jesús. No hay dos personajes iguales en el evangelio, ni dos reacciones iguales, tampoco en quienes nos rodean.

«Cuando tenemos algo que no está bien, nos ayudan con esa bendita corrección fraterna, que exige un cariño muy sobrenatural y hacerse mucha fuerza, porque a veces cuesta mucho ejercitar la corrección fraterna. Con lealtad nos advierten lo que no va y nos dan las razones. En cambio, detrás de ti están diciendo que eres un santazo, que eres más bueno que el pan. ¿No es esto una hermosura, hijos míos? Hablamos de lealtad, y esto es lealtad humana. No mentimos, no afirmamos de otra persona que tiene unas excelencias humanas de las que carece; pero no toleramos jamás que se le critique a sus espaldas. Y las cosas desagradables las decimos así, cariñosamente, para que las corrija»^[11].

* * *

San Josemaría afirmaba con gran convicción, como quien lo ha experimentado en su propia carne, tanto de forma pasiva como activa: «Convéncete: cuando haces la

corrección fraterna, estás ayudando, con Jesucristo, a llevar la Cruz a tu hermano; una ayuda enteramente sobrenatural, pues la corrección fraterna va precedida, acompañada y seguida por tu oración»^[12]. En Caná de Galilea, María detecta que se ha acabado el vino y eso puede comprometer la alegría de los recién casados. Como buena observadora pone en marcha una *corrección materna*. Busca la solución, habla con Jesús, habla con los que servían. Ayudar de esta forma a una hermana o un hermano supone lograr de Cristo el mejor vino para ellos. Y eso se consigue solo poniendo a las almas junto a él, hablando con Jesús de ellas, sabiendo que quien más las ama es quien ha emprendido la misión de salvarlas.

^[1] San Josemaría, *Camino*, n. 463.

^[2] Francisco, Ángelus, 10-I-2021.

^[3] Mons. Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, p. 127.

^[4] Mons. Fernando Ocáriz, Carta Pastoral, 1-XI-2019, n. 16.

^[5] Francisco-Cardenal Bergoglio, X Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, 2-X-2001.

^[6] San Josemaría, Apuntes de una reunión familiar, 18-X-1972.

^[7] Mons. Fernando Ocáriz, Carta Pastoral, 28-X-2020, n. 6.

^[8] Benedicto XVI, Mensaje para la Cuaresma de 2012, n. 1.

^[9] San Juan Crisóstomo, *Homiliae in Matthaëum*, n. 60, 1.

^[10] En el Opus Dei caben todos, por eso san Josemaría escribía que, aunque el «denominador común» sea la búsqueda de la santidad, existen «muy diversos numeradores (autonomía) correspondientes a las diversas condiciones de su carácter y temperamento, y hasta el diverso camino por donde Jesús conducirá sus almas». *Apuntes íntimos*, n. 511.

^[11] San Josemaría, Apuntes de una reunión familiar, 21-V-1970.

^[12] Mons. Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, p. 128.

© Fundación Studium, 2022

www.opusdei.org